

Sobre las bondades de la pluralidad teórica y el peligro de la maldición de Babel

Javier Franco Aixelá

All we need is a rough, approximate, working definition, one that we can feel free to adjust as we go along. All we need is to be able to agree more or less on what we are talking about, so that we can formulate interesting descriptive or explanatory claims. (Chesterman 2003, 199)

La realidad es un continuo y nuestro principal instrumento para su comprensión, deliciosamente dúctil e irritantemente rígido, es el lenguaje, un sistema de codificación empeñado en trazar fronteras y meter todo en cómodas cajitas *prêt-à-porter*. El rojo es una realidad objetiva categóricamente distinta del naranja y situada a años luz del amarillo, un autoengaño que resulta imprescindible para comunicarnos, aunque al mismo tiempo constituya una distorsión de la realidad que se sitúa dolorosamente en primer plano cuando de repente nos ponemos quisquillosos y queremos definir, es decir, trazar fronteras nada menos que científicas. Vivimos cobijados en conceptos autoevidentes que luego resisten a duras penas un cuestionamiento riguroso. También en el terreno de las ciencias experimentales, las “de verdad”, las que provocan la envidia inconfesable de los diletantes de letras. Todos sabemos lo que es la vida, pero 2.400 años después de Aristóteles los biólogos no han sido todavía capaces de ofrecer una definición de consenso y continúan debatiendo si los virus son seres vivos o no.

Si esto sucede en el ámbito ajeno a lo humano, es fácil imaginar cómo se pueden multiplicar las dificultades de encajonar los conceptos básicos en cuyo desarrollo intervenimos los bípedos implumes. Cualquier fenómeno social es intrínsecamente inestable y se encuentra sometido a

variación fruto de su historicidad, desde la manera de saludarnos hasta la poesía, pasando por la estructura familiar o el concepto de traducción. Esta es una de las razones por las que no hemos sido capaces de consensuar definiciones científicas duraderas de tantos fenómenos seculares tan centrales y aparentemente tan obvios. Una definición es un intento de fijar la esencia de algo, su naturaleza permanente y distintiva, pero resulta especialmente complicado fijar esencias de algo que nunca para quieto. Llevamos teniendo poesía desde hace más de 5.000 años y todos sabemos intuitivamente lo que es, hasta el punto de que ese conocimiento implícito y compartido nos permite comunicarnos en torno al concepto sin mayores interrupciones, pero mejor no intentar ponerlo en común explícitamente. En cuanto dejamos atrás un par de obviedades que se encuentran lejos de ser definitorias, la cosa se complica y una parte del objeto de estudio siempre se escapa por las costuras del intento de fijación. Sin embargo, como indica la cita que encabeza esta reflexión, sería sumamente conveniente fijar un terreno común mínimo para al menos entender a qué nos referimos en la disciplina cuando decimos “traducción” y qué aclaraciones convendría hacer cuando usemos el término con sentidos poco habituales o metafóricos. En este breve ensayo querría hacer algunas sugerencias en esa dirección después de intentar ofrecer un panorama de la situación.

El carácter escurridizo y multifacético del concepto de traducción constituye también una de las explicaciones de los diversos “giros” que se han sucedido, solapado e incluso acumulado durante los últimos 80 años en un intento de entender el fenómeno desde diversos ángulos. Siguiendo con nuestra metáfora, podría decirse que la investigación ha ido poniendo de manifiesto los defectos de fábrica o las limitaciones de las diversas cajitas y, como suele ser sana costumbre en el ser humano, se ha ido probando con cajitas nuevas, en parte complementarias y en parte contradictorias.

Así, tras el marasmo impresionista de muchos siglos de ignorar la traducción salvo para defender las maneras particulares de estrellarse contra el muro de la no identidad, llega tras la Segunda Guerra Mundial el primer intento científico (entiéndase sistemático) de abordar la traducción: la aplicación de la lingüística estructuralista y generativista sobre la base de lo que Mounin (1963) describió gráficamente como “el escándalo de la traducción”, que teóricamente era imposible (porque, conviene añadir, partían de una

definición ontológicamente imposible de traducción como identidad), pero que llevaba milenios desarrollándose de modo en general satisfactorio. En el último cuarto del siglo xx, una vez descartado definitivamente este intento ingenuo de fijación del fenómeno como reproducción idéntica del mismo mensaje con distintas palabras, se abrieron las compuertas del diluvio teórico y se produce el giro cultural o descriptivista o funcionalista, que quizá se puedan considerar variaciones sobre una misma revolución empirista con distintos énfasis. De repente, gracias a teóricos revolucionarios como Bassnett, Holmes, Lefevere, Toury o Vermeer, nos despertamos sabiendo que nos encontrábamos ante un fenómeno enormemente variable, que una traducción siempre sería diferente pero similar, nunca neutra, un fenómeno habitado por paradojas como ser lo mismo pero no igual, estar más lejos cuanto más cerca, el deseo de presentarte a los míos tal como eres pero inevitablemente, en distintos grados, te reinvento y canibalizo para que puedan digerirte..., un fenómeno ubicuo desde el principio de la historia de la comunicación humana, dotado de una trascendencia social obvia y repleto de morbo investigador una vez refutado su carácter mecánico e inocuo.

Este prisma revolucionó de modo definitivo nuestra concepción de la traducción, pero en torno al cambio de milenio volvieron a surgir investigadores como Baker, Munday, Simon o Venuti que criticaron las limitaciones de esta nueva cajita y durante estos últimos 30 años llevan preconizando nuevas perspectivas, cada una de las cuales nos prometía una visión por fin integral de la traducción. Hablamos del giro ideológico, frecuentemente con tintes feministas y/o poscoloniales, que subraya las consecuencias políticas del modo de traducir y de las políticas de traducción; del sociológico, que pone el acento en los protagonistas hasta el punto de proponer unos nuevos “translator studies”; del giro posestructuralista, que pone el énfasis en la inexistencia de significados estables y en la necesidad de tomar partido en una labor nunca neutra; del giro hacia el exterior, que reivindica la omnipresencia de la traducción e incide especialmente en sus manifestaciones intersemióticas; del giro cognitivo, que parece haber renacido con fuerza en su tarea aparentemente sisífrica de entender la traducción como proceso desde dentro y al mismo tiempo como actividad socialmente situada; o del giro tecnológico, que parece centrarse más en comprender la evolución frenéti-

ca del fenómeno a raíz de los avances informáticos y las nuevas dinámicas de colaboración en internet que en construir un nuevo paradigma teórico.

Todas estas corrientes o giros coexisten junto a alguno más en la actualidad, incluidos el lingüístico y el impresionista –este último todavía muy vigente en labios de la gran mayoría de profesionales ajenos al mundo académico–. Tendemos a otorgarles la categoría de giro *–turn–* cuando hacen mucho ruido y galvanizan a un número importante de seguidores, pero ninguno de los nacidos en el siglo xxi ha supuesto un cambio de paradigma en los ETI, sino más bien una incorporación de nuevos puntos de vista y una ampliación a veces problemática del objeto de estudio. Por el contrario, al igual que sucedió con las vanguardias de principios del siglo xx, en el mundo académico del siglo xxi ya es muy raro que haya escuelas que sustituyan a otras (Zwischenberger 2023, 4). Quizá las dos primeras –la lingüística y la empírica– consiguieran alcanzar cierto consenso disciplinar sucesivo durante escasas décadas a lo largo de la segunda mitad del siglo xx, pero todas las demás constituyen posturas coexistentes y parciales en los estudios de traducción e interpretación (ETI), sin que ninguna parezca en condiciones de alcanzar una posición claramente hegemónica. Y esto tiene una vertiente positiva y otra problemática. Por un lado, la concurrencia de visiones tan distintas sobre el mismo fenómeno enriquece la disciplina, ayudándonos a superar las limitaciones de la cajita de cada uno. En otras palabras, pone de manifiesto que el poliedro de la traducción posee múltiples aristas y que se aprende más sobre ellas si aceptamos que observadores situados en posiciones distintas pueden revelar lo que para nosotros son ángulos ciegos, porque nuestro concepto inicial de traducción y nuestra metodología de análisis nos impide tomarlos en consideración e incluso vislumbrarlos. La parte problemática podría resumirse en que estemos llegando a un momento en que la diversidad teórica sea tan grande que corramos el peligro de usar la misma etiqueta fundacional –traducción– con sentido cada vez más metafórico y estar hablando de cosas netamente distintas.

A partir de estos giros y otras propuestas como la ecotraducción (Cronin 2016) o la aplicación de las teorías de complejidad (Marais 2013), que parecen todavía en incierto proceso de consolidación, podría establecerse que existen en la actualidad dos grandes modelos a la hora de concebir la traducción: el semiótico-transformacional y el textual-representacional.

Ambos parten de la base de que la traducción es una operación en la que inevitablemente se combinan similitud y diferencia, lo que quizá constituya la clave que nos permita establecer un marco de partida común.

El semiótico-transformacional pone el acento en la diferencia, en el hecho de que una traducción no es nunca lo mismo que su original, tal como hace ya muchos años planteaban Derrida (1982), los descriptivistas, los culturalistas y los funcionalistas del escopo (cf. Toury 1980, Reiss & Vermeer 1984, Hermans (ed.) 1985 o Lefevere 1992), lo que quizá nos acerque entre nosotros más de lo que pensamos. Llevado al extremo, el modelo basado en la transformación prescinde del requisito de textualidad o de la presencia del código lingüístico para reivindicar el derecho a aplicar el título de traducción y de objeto de estudio propio de nuestra disciplina a cualquier transformación de cualquier tipo, incluidos por ejemplo el paso de la investigación básica a la aplicación clínica (cf. Engebretsen, Sandset & Odemark 2017) o la creación de textos originales como traducción de la realidad (Collins 2019 o Norwood 2019).

Por su parte, la postura textual-representacional pone el énfasis en la similitud, en entender los mecanismos por los que, aunque una traducción no es nunca igual que su original, siempre se asemeja a él hasta el punto de que lo representa o vuelve a presentarlo respondiendo a una necesidad social. Es por tanto una posición más restrictiva y considera que para ser materia de los ETI, necesitamos un mínimo de dos textos (en el sentido más amplio del término), que el segundo texto represente (vuelva a presentar) al primero gracias a una relación de similitud que puede ser de tipos muy diversos y que el código lingüístico o algo semejante se encuentre presente en algún punto del proceso.

Frente a la visión tradicional, reduccionista e insostenible de la traducción como un proceso mecánico de reproducción del mismo mensaje en otro idioma (cf. Franco Aixelá 2022), ya Jakobson puso en 1959 los cimientos de la futura revolución con su famosa propuesta tripartita, de la que cabe destacar por su potencial desestabilizador la modalidad intersemiótica, por la que cualquier transformación de códigos sería también susceptible de ser considerada traducción. Con ese enfoque y aunque el propio Jakobson no lo pretendiera, escribir libros de viajes es traducir la diversidad cultural en palabras (Elbarbary 2023), bailar es traducir porque supone transformar

la música o las imágenes en movimiento (McCartney 2019, Masiero 2019 o Minors 2019) y así podríamos seguir probablemente *ad aeternum*. Jakobson (1959, 232–233), de hecho, extiende de forma todavía más explícita esta omnipresencia de la traducción al afirmar que el acto mismo de comprender no es otra cosa que una traducción: “For us, both as linguists and as ordinary word-users, the meaning of any linguistic sign is its translation into some further, alternative sign”, con lo que cualquier acto de comunicación lingüística se convierte “por definición” en un acto de traducción. En los años 80-90, en otro intento de liberación de las cadenas tradicionales, Lefevere acuñó su concepto de reescritura, por el que la traducción era una de las modalidades históricamente cambiantes de reelaboración de un texto o de una realidad, hermanado así con la crítica literaria o con la historiografía.

En línea con lo ya apuntado al hablar de la diversidad de los giros y su coexistencia, esta ubicuidad potencial del concepto de traducción comporta facetas interesantes y preocupantes también desde un punto de vista institucional o disciplinar. En primer lugar, para los miembros de la comunidad académica de los ETI resulta gratificante ser conscientes de que, como le sucedía a Terencio allá por el 165 a.n.e., literalmente nada nos es ajeno y la nuestra es una de las disciplinas más universales de la ciencia moderna, con una perspectiva nueva que aportar en todos los ámbitos. Esta omnipresencia nos ayuda también a entender mejor la extraordinaria porosidad disciplinar que nos caracteriza, con nuestra capacidad para tomar casi cualquier aparato sociológico, filosófico, psicoanalítico, etnográfico, político, historiográfico, literario, terminológico, informático, cognitivo, lingüístico... y aplicarlo a nuestro campo de estudio con el nombre de “giro” cuando la repercusión ha sido grande. En segundo lugar y de forma casi simétrica a lo anterior, parece que, al menos de cara a nosotros mismos, hemos pasado de ser una disciplina marginal –por no calificarla de inexistente– a detentar un enfoque capaz de enriquecer la visión de cualquier otra. Y así encontramos frecuentes llamamientos a que disciplinas como las que acabo de mencionar incorporen la “perspectiva traductora” a su cosmovisión, que quedaría disminuida sin ella (cf. Bassnett & Lefevere 1990, 12) o incluso deberían subsumirse bajo el paraguas mucho más dinámico de los estudios de traducción, tal como propone provocativamente Bassnett (1993) con respecto

a la literatura comparada, aunque de momento no nos han hecho nada de caso, todo hay que decirlo.

En el capítulo de los aspectos preocupantes, en primer lugar tenemos el que cabría denominar síndrome de Babel, por el que esta omnipresencia de la “traducción” implica la ya mencionada posibilidad de no entendernos, dado que el término ha llegado a significar cosas netamente distintas según el teclado de quien salga, desde la reproducción esencialmente idéntica de un texto en otro idioma (una ilusión secular que, no conviene olvidar, resulta socialmente imprescindible y que los académicos también aplicamos inconscientemente en nuestra vida diaria) hasta “the process of semiotic exchange taking place in and between all organisms, even at the cellular level” (Marais & Kull 2016, 172). En segundo lugar, está el peligro de la irrelevancia por querer abarcarlo todo: si todo es traducción, al final nada es traducción. Si esto llega a suceder, la disciplina puede acabar perdiendo su coherencia interna y su validez institucional. En palabras de Delabastita (2003, 9):

[The turns] are putting a great strain on the autonomy and coherence of the discipline, creating a deeply ironic paradox. Indeed, the more Translation Studies is coming into its own, the more its central object – translation – gets eroded and dispersed. The harder we look at translation, the softer our analytical focus appears to be getting and the more the specificity of our object seems to be dissolving. TS had to be invented, apparently, to show how blurred and how elusive a concept translation really is.

Debido a estos inconvenientes, creo que para entendernos deberíamos intentar consensuar una descripción de la traducción al menos como producto, si no es posible como proceso, que establezca el núcleo central de nuestro objeto de estudio como punto de partida común y marco de referencia a la hora de establecer el concepto con el que trabajemos en cada investigación.

Mi propuesta se inscribe en la línea de los prototipos cognitivos y es similar a la de transferencia asumida de Toury (1995), intentando establecer un concepto central académico que luego admita todo tipo de extensiones o capas suplementarias en las que según las necesidades e intereses de cada investigación van disminuyendo las coincidencias con esa noción central y flexible de referencia. Para lograr estabilidad, esta propuesta debe en primer lugar establecer como pilares permanentes dos parámetros inherentes a la

traducción: el concepto bifronte de similitud/diferencia (que una traducción siempre es similar a su original porque constituye una interpretación y una (re)presentación, pero que por eso mismo nunca es una reproducción idéntica) y el de variabilidad (que no hay un único modo de traducir –un determinado tipo de similitud– que se pueda incluir en la acotación como requisito, sino que cada época, cada sociedad, cada persona e incluso cada texto traduce o es traducido de un modo distinto). En segundo lugar, para resultar útil la propuesta ha de establecer un núcleo central –en mi caso, la textualidad en sentido amplio– que no sea excluyente, sino que admita la existencia de modos menos habituales de concebir esta labor de reescritura y reinterpretación.

Podríamos quizá entonces afirmar que una traducción es un texto (en sentido amplio) que (re)presenta (pero que no reproduce de modo idéntico) a otro texto previo, con el que guarda una relación de similitud de carácter variable, aunque en la gran mayoría de las ocasiones se prioriza de manera no excluyente el plano semántico.

A esto podríamos añadir que el de traducción constituye un concepto dinámico e históricamente situado, de fronteras borrosas y controvertidas, cuyo centro prototípico está constituido por la traducción interlingüística, que tradicionalmente se presenta de manera simplista como idéntica a otro texto –escrito o audiovisual– en otra lengua, al que pretende reemplazar, y cuya periferia viene dada en primer lugar por la traducción intralingüística (por ejemplo, la modernización de textos antiguos, la simplificación de documentos especializados o la adaptación para la infancia) y, en segundo, por la traducción intersemiótica (por ejemplo, la audiodescripción, el paso de novela a película o, en un sentido cada vez más metafórico por desdibujarse la textualidad, todo tipo de transformaciones semióticas que usan mecanismos de interpretación y reelaboración similares a la traducción inter o intralingüística, llegando hasta las obras originales de cualquier modalidad artística, entendidas como traducción de imágenes –internas o externas– en palabras, en sonidos o en otras imágenes, como por ejemplo una composición musical que describa –“traduzca”– unos cuadros).

No hay espacio aquí para comentar en detalle las implicaciones de una noción como la recién apuntada, pero la principal intención es proponer una perspectiva muy abierta al tiempo que lo bastante clara para evitar la

confusión babélica a la que antes me refería. Como ya he mencionado, las fronteras conceptuales son casi siempre borrosas y en nuestro caso quizá el ejemplo más claro sea el problema secular de establecer la diferencia entre traducción y adaptación. Una vez que se admite que una traducción no puede ser idéntica a su original, buscar este sexo de los ángeles equivale a pretender objetivar el porcentaje de similitud/diferencia a partir del cual un texto determinado es una traducción o se convierte en una adaptación, algo inviable. Y, sin embargo, esta diferencia entre dos conceptos indiferenciables es tan real y operativa que de hecho es la clave de la separación entre dos disciplinas hermanas, ambas consolidadas e institucionalmente distintas, como son los estudios de traducción y los estudios de adaptación. Y no solo eso, la distinción es tan tangible que en el mercado teatral, por ejemplo, los derechos no son los mismos para una adaptación que para una “simple traducción”. Para mayor perplejidad, estamos hablando de dos disciplinas que curiosamente tienden a vivir de espaldas, como pone de manifiesto que en 2025 ni en la presentación en web del *Journal of Adaptation Studies* (2023) ni del *Oxford Handbook of Adaptation Studies* (2017) aparezca mencionada ni una sola vez la palabra *translation*, pero sí incluya este último preocupaciones muy familiares para los ETI como que los estudios de adaptación modernos se enfrentan a una “critique of the previous paradigms of fidelity”. Exactamente lo mismo sucede con las tres revistas históricas de los ETI (*Babel*, *Meta* y *Target*), que también constituyen canales donde se cuestiona intensamente el paradigma de fidelidad, pero que en 2025 no mencionan en ningún rincón de sus presentaciones en la web el término *adaptation*. La falta de claridad en torno al objeto de estudio puede comportar también conflictos (cf. Lehoux-Jobim 2025, 8) o ignorancias mutuas poco comprensibles entre disciplinas afines.

Por lo que hemos visto, parece claro que en última instancia los términos y los conceptos que estos arrastran no poseen un significado ni unos límites axiomáticos más allá del consenso de sus hablantes –hablantes que se dedican a la investigación en este caso– y esta propuesta busca pergeñar algo parecido a unos primeros pasos hacia ese consenso disciplinar. La propuesta no quiere dar a entender que la traducción interlingüística sea la única que merece el calificativo de “verdadera traducción”, pero sí que constituye un prototipo del concepto de traducción que podríamos con-

sensuar al ser el objeto de estudio de la inmensa mayoría de la investigación pasada y presente (Doorslaer 2019), y, por tanto, el marco de referencia a partir del cual proponer otras modalidades que completen y enriquezcan el panorama disciplinar.

Académicamente, la traducción es una golosina por su omnipresencia y su multidimensionalidad, lo que lógicamente lleva a que sea objeto de todo tipo de enfoques, que en nuestra disciplina tienden a ser calificados de giros, cada uno de los cuales busca poner el acento en un elemento constitutivo distinto y el ojo en uno de los colores refractados por el prisma investigador. Desde la lingüística estructuralista, que afirmaba la identidad esencial de la traducción como volcado interlingüístico, para luego mesarse los cabellos ante la imposibilidad de esa misma identidad, hasta las escuelas posmodernas, que subrayan la diferencia y lo ideológico, que reivindican el derecho a considerar traducción y objeto de los ETI cualquier acto semiótico que implique una traslación, una transformación. Se trata de una postura que ha aportado un pluralismo metodológico que siempre es buena noticia al permitir abordar nuestro objeto de estudio desde más ángulos, en la línea planteada por Bachmann-Medick (2006). Además, ha supuesto un importante toque de atención a lo que en parte de la investigación del último cuarto del siglo xx podría considerarse una tendencia al cientificismo que incluía cierta desconexión del mundo real, sobre todo en los aspectos ideológicos y éticos. Adicionalmente, ha logrado concienciar a la comunidad investigadora de la importancia de evitar el eurocentrismo e incluir en el debate a los países del Sur Global, lo que puede verse como una buena noticia para la democratización de la ciencia, aunque no exenta de paradojas y en la que todavía queda mucho trecho por recorrer. Y en esa misma línea, los enfoques semiótico-transformacionales quizá han servido para atraer investigadores de partes del mundo, como Brasil o la India, que por sus tradiciones académicas probablemente no habrían acudido tan alegremente a la llamada del empirismo. Igualmente, la reivindicación de que nuestra disciplina tiene algo que decir sobre prácticamente cualquier acto semiótico constituye una iniciativa muy interesante ante un panorama epistemológico en el que nos hemos caracterizado por acoger masiva y sistemáticamente ideas de otras disciplinas, pero sin apenas cosechar un impacto recíproco (Zwischenberger 2019, 257). Sin embargo, la idea de que

prácticamente cualquier transformación se pueda considerar un acto de traducción puede comportar cierta confusión disciplinar que aquí he intentado poner de manifiesto junto con una propuesta de caminos por los que podríamos avanzar para evitarlo.

Probablemente, como afirma Popper (1992, 19), el nombre o la acotación/definición es mucho menos importante que los hechos y las teorías sobre esos hechos, pero también sería bueno saber que cuando dos personas que investigan en el seno de los ETI pronuncian sin más la palabra *traducción* no acaban de zambullirse sin remedio en un diálogo de besugos.

Referencias

- Bachmann-Medick, Doris. 2006. *Cultural Turns: Neuorientierungen in den Kulturwissenschaften*. Hamburgo: Rowohlt Taschenbuch. Citado por la traducción inglesa de Adam Blauhut: *Cultural Turns: New Orientations in the Study of Culture*. 2016. Berlín: de Gruyter.
- Bassnett, Susan y André Lefevere. 1990. "Introduction: Proust's Grandmother and The Thousand and One Nights." En *Translation, History, and Culture*, editado por Susan Bassnett y André Lefevere, 1–13. Londres: Pinter.
- Bassnett, Susan. 1993. *Comparative Literature: A Critical Introduction*. Oxford: Blackwell.
- Chesterman, Andrew, Helle V. Dam, Jan Engberg y Anne Schjoldager. 2003. "Bananas – on names and definitions in translation studies." *Hermes: Journal of Language and Communication Studies* 31: 197–209. Disponible en: <https://tidsskrift.dk/her/article/view/25744>. <https://doi.org/10.7146/hjlc.v16i31.25744>.
- Collins, Sophie. 2019. "Radical Ekphrasis; or, An Ethics of Seeing." En *Translating Across Sensory and Linguistic Borders: Intersemiotic Journeys between Media*, editado por Madeleine Campbell y Ricarda Vidal, 371–394. Londres: Palgrave MacMillan. https://doi.org/10.1007/978-3-319-97244-2_17.
- Cronin, Michael. 2016. *Eco-Translation. Translation and Ecology in the Age of the Anthropocene*. Londres: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315689357>.
- Delabastita, Dirk. 2003. "Translation Studies for the 21st Century. Trends and Perspectives." *Genesis* 3: 7–24.
- Derrida, Jacques. 1982. "Otobiographies: the Teaching of Nietzsche and the Politics of the Proper Name." En *The Ear of the Other*, editado por Jacques Derrida y Christie McDonald, 1–40. Lincoln: University of Nebraska.

- Doorslaer, Luc van. 2018. "Bound to expand. The paradigm of change in translation studies." En *Moving Boundaries in Translation Studies*, editado por Helle Vronning Dam, Matilde Nisbeth Brogger y Karen Korning Zethsen, 220–230. Londres: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315121871-14>.
- Elbarbary, Ayman S. 2023. "Ahmed Ibn Fadlan and Bayard Taylor. Travel Writers or Translators?" *Vertimo Studijos* 16: 45–66. Disponible en: <https://www.journals.vu.lt/vertimo-studijos/article/view/32638>. <https://doi.org/10.15388/VertStud.2023.3>.
- Engelbrechtsen, Eivind, Tony Joakim Sandset, y John Odemark. 2017. "Expanding the Knowledge Translation Metaphor." *Health Research Policy and Systems* 15 (1): 1–4. Disponible en: <https://health-policy-systems.biomedcentral.com/articles/10.1186/s12961-017-0184-x>. <https://doi.org/10.1186/s12961-017-0184-x>.
- Franco Aixelá, Javier. 2022. "Anisomorfismos." @ ENTI (*Enciclopedia de traducción e interpretación*). AIETI. Disponible en: https://www.aieti.eu/enti/anisomorphisms_SPA. <https://doi.org/10.5281/zenodo.6362152>.
- Hermans, Theo, ed. 1985. *The Manipulation of Literature. Studies in Literary Translation*. Londres: Croom Helm.
- Jakobson, Roman. 1959. "On Linguistic Aspects of Translation." En *On Translation*, editado por Reuben Arthur Brower, 144–151. Cambridge (Massachusetts): Harvard University. Disponible en: <https://web.stanford.edu/~eckert/PDF/jakobson.pdf>
- Lefevere, André. 1992. *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*. Londres: Routledge.
- Lehoux-Jobim, Etienne. 2025. "Toward a so-called narrow redefinition of translation in Translation Studies." *Cadernos de Tradução* 45, s.p. Disponible en: <https://periodicos.ufsc.br/index.php/traducao/article/view/10038>. <https://doi.org/10.5007/2175-7968.2025.e100385>.
- Marais, Kobus y Kalevi Kull. 2016. "Biosemiotics and translation studies. Challenging translation." En *Border Crossings: Translation Studies and other disciplines*, editado por Yves Gambier y Luc van Doorslaer, 169–198. Amsterdam: John Benjamins. <https://doi.org/10.1075/btl.126>.
- Marais, Kobus. 2013. *Translation Theory and Development Studies. A Complexity Theory Approach*. Londres: Routledge.
- Masiero, Marta. 2019. "Disorienting Dilemmas in Immersive Dance. Caroline Bowditch's 'Frida' and Stephanie Singer's 'Bittersuite'." En *Translating Across Sensory and Linguistic Borders: Intersemiotic Journeys between Media*, editado por Madeleine

- Campbell y Ricarda Vidal, 335–352. Londres: Palgrave MacMillan. https://doi.org/10.1007/978-3-319-97244-2_15.
- McCartney, Ella. 2019. “Movement as Translation. Dancers in Dialogue.” En *Translating Across Sensory and Linguistic Borders: Intersemiotic Journeys between Media*, editado por Madeleine Campbell y Ricarda Vidal, 293–309. Londres: Palgrave MacMillan. https://doi.org/10.1007/978-3-319-97244-2_13.
- Minors, Helen Julia. 2019. “Translations between music and dance. Analysing the choreomusical gestural interplay in twentieth- and twenty-first-century dance works.” En *Translation and Multimodality. Beyond Words*, editado por Monica Boria, Angeles Carreres, María Noriega Sánchez y Marcus Tomalin, 158–178. Londres: Routledge.
- Mounin, Georges. 1963. *Les Problèmes théoriques de la traduction*. París: Gallimard.
- Norwood, Tamarin. 2019. “Writing drawingly. A case study of multimodal translation between drawing and writing.” En *Translation and Multimodality. Beyond Words*, editado por Monica Boria, Angeles Carreres, María Noriega Sánchez y Marcus Tomalin, 179–197. Londres: Routledge.
- Popper, Karl. 1992. *Unended Quest*. Londres: Routledge.
- Reiss, Katharina, y Hans Josef Vermeer. 1984. *Grundlegung einer allgemeinen Translationstheorie*. Tübinga: Max Niemeyer.
- Toury, Gideon. 1980. *In Search of a Theory of Translation*. Tel Aviv: The Porter Institute for Poetics and Semiotics - The University of Tel Aviv.
- Zwischenberger, Cornelia. 2019. “From Inward to Outward: The Need for Translation Studies to Become Outward-Going.” *The Translator* 25 (3): 256–268. <https://doi.org/10.1080/13556509.2019.1654060>.
- Zwischenberger, Cornelia. 2023. “On turns and fashions in translation studies and beyond.” *Translation Studies* 16 (1): 1–16. <https://doi.org/10.1080/14781700.2022.2052950>.

Sobre las bondades de la pluralidad teórica y el peligro de la maldición de Babel

Author

Javier Franco Aixelá

Universidad de Alicante

javier.franco@ua.es

<https://orcid.org/0000-0001-6846-7182>

How to cite

Franco Aixelá, Javier. 2026. "Sobre las bondades de la pluralidad teórica y el peligro de la maldición de Babel." *MeTI: Métodos en Traducción e Interpretación* 0: xxx-xxx.